

HABLANDO DE MATO GROSSO Y DE ARTE CONTEMPORÁNEO EN LA CAPITAL DE ESPAÑA

Seudónimo: luloma

Durante la noche me robaron mi coche nuevo, las horas pasaban lentamente y la inseguridad se iba apoderando de mí, no sabía que hacer. Recuerdo que en ningún momento me encontré tan angustiado como yo pensaba ante una situación como la que afrontaba entonces, tal vez debido a la tranquilidad que me daba el seguro a todo riesgo de mi vehículo.

Hacia las cinco de la madrugada algún ruido me despertó y al abrir los ojos suspiré desahogadamente, se trataba de un sueño, de una pesadilla de mal gusto. No obstante lo primero que hice, de manera apresurada, fue abrir la ventana de mi habitación y asomarme para comprobar que mi automóvil estaba aparcado en el mismo lugar donde lo dejé.

Luego ya no dormí, esperaba pacientemente que el despertador sonara a las seis y media. Cuando esto sucedió me levanté como si tuviera un resorte en el colchón, me vestí a toda prisa, me lavé y peiné pero no me afeité, podía hacer mucho ruido a esa intempestiva hora, aunque me llevé mi máquina de afeitar para asearme en cualquier baño de cualquier lugar, colgué mi bandolera al hombro y salí raudo y veloz.

Estaba en Zamora y ese día, jueves, decidí aprovecharlo para visitar unas cuantas exposiciones en Madrid y adquirir unos libros que desde hacía unos meses tenía en mente y no lograba encontrar en las pequeñas librerías que había visitado a tal fin. Cuando quedaban pocos kilómetros para llegar a Madrid, concretamente en Las Rozas, había congestión de coches y un atasco que, según decían los paneles informativos de la Dirección General de Tráfico, duraría hasta Aravaca. Ni corto ni perezoso, tal y como había visto en televisión o en alguna película de cine, comencé a afeitarme mirándome en el espejo retrovisor interior del vehículo. Al no disponer de cables la maquinilla cuando los coches avanzaban dejaba de afeitarme y la apoyaba en mis piernas, cuando paraban de nuevo continuaba haciéndolo.

Aparqué en la Ciudad Universitaria, había perdido una hora en el atasco y eso condicionaba el día. Tomé un autobús y luego el metro hasta el Museo del Prado. Una vez allí divisé una gran pancarta con el título de Tintoretto, había cola pero no demasiado larga. Pregunté al chico que tenía delante si efectivamente esa era la fila para adquirir las entradas de la exposición temporal sobre Tintoretto. Me contestó afirmativamente y allí me quedé unos minutos hasta que un guarda jurado se acercó y nos dijo que esa fila solo era para colegios con cita concertada. Junto al chico de delante en la fila nos dirigimos a la entrada principal del Museo. La fila, calculé que de una hora, me hizo cambiar de planes. Le dije a Marcos, conocí su nombre tras las presentaciones de rigor, que abandonaba la idea de visitar la exposición y que me iba a ver “El espejo y la máscara. El retrato en el siglo de Picasso” que estaba organizada en el Museo Thyssen-Bornemisza, situado un poco más arriba de la calle. Aceptó gustoso

la oferta, no tenía mejor cosa que hacer. En el trayecto me enteré que era brasileño y se encontraba en Europa de visita por cuatro meses.

Marcos llevaba puestas unas gafas de sol y le calculé unos veinticinco años, cuando yo era más joven siempre soñé con viajar durante un largo periodo de tiempo por algún lugar del universo, el detalle de un chaval tan joven visitando durante cuatro meses un continente me acercó mucho a él. La exposición temporal del Museo Thyssen estaba muy concurrida, de hecho tuvimos que esperar veinte minutos para poder acceder a ella. Dentro pude disfrutar de autorretratos de, entre otros, Vincent Van Gogh, Gauguin y Edgard Munch. Le expliqué a Marcos que Munch era el autor de El Grito, cuadro que había sido robado durante el día en la Galería Nacional de Oslo y cuyos ladrones se permitieron dejar una nota que decía: “gracias por la falta de seguridad”. Luego le dije que Gauguin había estado durante sus últimos años en Polinesia y allí había fallecido enfermo y demente. Comenté también a Marcos la vida de Van Gogh y que había visitado su museo en Ámsterdam. Así fue pasando la mañana, pude comprobar que mi amigo brasileño no era conocedor del arte del siglo XX pero que estaba encantado con mis explicaciones.

Salimos de allí y le propuse acompañarme en mi plan para lo que quedaba de jornada. Comer en el Círculo de Bellas Artes y visitar sus exposiciones, caminar por el centro de Madrid, comprar unos libros en FNAC y por último visitar otras dos exposiciones en el Barrio Salamanca. Como presuponía acepto mi propuesta sin remilgos.

Una vez en el Círculo de Bellas Artes nos apresuramos a tomar unas cañas en la cafetería y luego visitamos su exposición, algo sobre el teatro de Shakespeare. No nos quedamos a comer allí, el precio nos pareció excesivo para nuestra maltrecha economía.

Caminamos por la Gran Vía y Marcos me habló de su familia. Su madre era notaria en su ciudad de origen Porta Porá, fronteriza con la ciudad paraguaya de Pedro Juan Caballero. Tenía veintiún años y una hija de tres, fruto de una relación de la que se arrepentía. Había estudiado derecho, durante dos años, en la Universidad de Campo Grande, capital de su estado Mato Grosso do Sul. Su vida allí, relativamente reciente, había sido un desbarajuste, su madre le enviaba dinero y él lo gastaba muy deprisa. Estuvo metido en la droga, perdió algunos amigos y fracasado regresó a su casa materna. La hija permanecía con su madre, abogada, en Campo Grande, a trescientos kilómetros de Porta Porá. Reconocía que era una madre excelente para su hija y que pasaba algún fin de semana y temporadas con él. Durante su periplo por Europa precisamente era su hija lo que más echaba en falta, aunque según él la llamaba diariamente por teléfono y alguna vez establecía contacto visual mediante cámara Web. Durante nuestro trayecto hubo algún detalle que delataba su clase social. Un comercio exhibía en el escaparate una moto espectacular, cruzamos la acera, Marcos quería contemplarla de cerca, entramos en el interior y vimos que se trataba de una Harley Davidson. Me confesó que tenía un modelo similar pero que en su país era bastante más cara que en el nuestro, los impuestos en los artículos de lujo son mayores que en España. La moto en cuestión costaba en nuestro país poco más de seiscientos euros y en Brasil cerca de novecientos. Más tarde vimos un espacio de un edificio derribado y en su interior habían pintado unos graffitis que quedaban muy artísticos. Marcos sacó su cámara digital Sony de última generación e hizo una foto. El tercer detalle que llamaba la atención en un chico de veintiún años era que viajaba con un ordenador personal. Le advertí que lo vigilará atentamente en los viajes ya que solían robarlos al menor descuido. En ese momento me contó una mala experiencia que tuvo en su estancia en

Paris, conoció a unos latinos y se fue con ellos de copas, cuando le dejaron en su hotel le cobraron cuarenta euros en calidad de transporte.

Llevaba en Madrid veinte días, se alojaba en casa de unos compatriotas conocidos en Torrejón de Ardoz, cuando sus amigos trabajaban se aburría soberanamente, no le gustaba la ciudad dormitorio y apenas salía. Su primera escala en Europa fue Paris, creo que viajó con su única hermana después de pasar unos días en Buenos Aires. En Paris estuvo menos de una semana, luego viajó a Barcelona en donde permaneció otra semana en casa de unos amigos y después estuvo un mes y medio en Lisboa, allí trabajó de camarero en una cafetería de un centro comercial para reponer recursos económicos.

El tiempo era apacible, la conversación agradable y nos encontrábamos bien caminando, sin embargo se hacía tarde, le comenté a Marcos que tenía que comprar unos libros, me contestó que no le importaba en absoluto y entramos a la FNAC. A excepción de “Nocilla Dream” de Agustín Fernández Mallo, que se encontraba agotado, con la ayuda de los dependientes pude conseguir todos los títulos que buscaba. Mientras hacía las gestiones pertinentes, con el rabillo del ojo espiaba a mi amigo, que estaba concentrado en las páginas de un libro. Cuando me acerqué comprobé que se trataba del último libro de fotografía del leonés Alberto García Alix, “No me sigas...estoy perdido”. A Marcos le gustaba el ambiente de las fotos en blanco y negro, los personajes duros, las motos... me preguntó si sabía el precio del libro y le dije que costaba cuarenta euros. Se asustó de su valor y le advertí que la cultura en España, por desgracia, era muy cara.

Salimos de allí y antes de comer le pedí un último favor, como nos encontrábamos a la altura de Sol y mi intención era comer en uno de los muchos restaurantes que por allí se encuentran y ofrecen menús del día económicos, podíamos hacer un esfuerzo y visitar la segunda parte de la exposición “El retrato en siglo XX” que se mostraba en Caja Madrid. Así lo hicimos y Marcos descubrió a Miró, a Freud y a Frank Auerbach.

Varios restaurantes contiguos mostraban en la calle sus menús, Mi amigo optaba por los pescados, en su tierra se comía siempre carne, muy buena carne que se exportaba a todo el mundo, pero estaba descubriendo el pescado y quería aprovecharse. Me preguntó cuales eran mis pescados favoritos y le respondí que el bonito o atún, el rodaballo y el rape. Entramos en un restaurante que ofrecía salmón o trucha. El camarero que nos atendió, de una edad aproximada a los sesenta y con aire de actor de teatro, pensó que ambos éramos extranjeros y tuvo algún detalle racista con nosotros, afortunadamente Marcos no se percató de ello.

Durante la comida el brasileño se explayó, creo que yo le daba suficiente confianza y tenía la sensación de que me quería pedir consejo sobre alguna cosa. Sus padres tenían poco más de cuarenta años pero se separaron cuando él tenía nueve. Le dije que podía ser su padre por mi edad. Él sonrió con complicidad y siguió hablando. Sus familias por parte de padre y de madre eran sensiblemente diferentes. Por parte materna su familia era organizada, responsable, tenían dinero, estudios, pero por parte paterna todo era un absoluto desastre. Su padre se encontraba en tercer grado penitenciario, había estado tres veces en la cárcel, siempre por problemas con las drogas y las armas, algo, por otra parte, muy común en aquella zona. Por Ponta Porá, una ciudad con frontera seca y sin control policial fronterizo, pasaban a diario brasileños que huían de la justicia. En el momento de la última detención portaba, su padre, dos escopetas del calibre doce y unos kilos de alguna clase de droga.

Le aconsejé que siempre estuviera al lado de su madre, hacer caso de sus dictámenes y evitar siempre armas y drogas, si te metes de lleno en ello es difícil salir de esa encrucijada y tenía una experiencia cercana que podía resultar ejemplar. Marcos agradeció mi solidaridad.

Al salir del restaurante bajé al baño, me extrañó que Marcos no me acompañara. Cuando regresaba tenía la sensación de que no le volvería a encontrar, pero allí estaba sentado junto a la barra esperándome.

Tomamos un metro y nos dirigimos a nuestros últimos destinos, la Fundación Juan March con una selección de 97 obras de Roy Lichtenstein, máximo exponente junto a Andy Warhol del Pop Art de Estados Unidos, con una visión inédita de las obras realizadas entre 1966 y 1997.

Marcos estaba excitadísimo con la experiencia que supone ver por primera vez al genial Lichtenstein, tengo que confesar que me sorprendió lo magistralmente expuesta que estaba la obra la obra.

Bajamos caminando hasta la fundación Carlos Amberes para ver a uno de los maestros de la fotografía e íntimo amigo de Picasso, Man Ray. La colección Goldberg/D'Affitto de Nueva York presentaba la obra titulada "Luces y sueños". Se trataba de más de ochenta piezas y algunos videos de Ray, descubridor de los rayogramas, imágenes realizadas sin cámara por el procedimiento de colocar objetos directamente sobre papel sensible y exponerlos a la luz. Todo un artista.

La jornada llegaba a su fin. Decidimos relajarnos de tanto arte y tomamos unas cervecitas en un bar que tenía muy buena pinta. Estábamos muy distendidos y nos mostrábamos más abiertamente el uno al otro. La experiencia había resultado muy gratificante para ambos, se notaba en el buen ambiente imperante. Pregunté a Marcos sobre su planificación para el tiempo que le quedaba en Europa. Su proyecto era quedarse hasta primeros de abril y luego viajar a su tierra. Era jueves y el lunes siguiente comenzaría a trabajar en una obra de un subterráneo, necesitaba dinero y eso le iba a proporcionar mil quinientos euros. Iba a ser muy duro, trabajaría diez horas diarias pero no le habían pedido papeles y la empresa corría con los gastos de alojamiento y manutención. Con ese dinero visitaría Praga y Grecia.

Intercambiamos direcciones, teléfonos, correos electrónicos, brindamos por nuestra suerte y nos invitamos el uno al otro a visitar nuestras respectivas ciudades.

Coincidimos, a pesar de la distancia generacional, en gustos musicales, a ambos nos gusta el Blues y el Jazz.. Escuché a Eric Clapton en su mp3 por uno de los auriculares, Marcos lo escuchaba por el otro.

Una vez en el metro me dí cuenta que viajaríamos juntos durante tres estaciones, él bajaría antes que yo y luego tomaría un tren hasta Torrejón.

Cuando quedaba una paraba para bajarse Marcos, recordé que no nos habíamos hecho una foto juntos, sin pensarlo sacó su maravillosa cámara e hizo la foto. Luego nos abrazamos emocionados y desapareció en la profundidad de un túnel solitariamente desproporcionado y cruel.

En mi regreso a casa pedí a las estrellas que le acompañaran en el trabajo tan duro que iba a emprender y que, por favor, no cayera de nuevo en ese mundo tan nefasto que es la droga. En ese nuevo ambiente laboral que iba a conocer la droga correría con facilidad. No le conozco lo suficiente pero creo que voy a confiar en él. Se lo merece. Con seguridad saldrá victorioso de esa dura apuesta.